



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

21 de enero de 1888

Núm. 12



LAS BALDOSAS HISTÓRICAS

Ayuntamiento de Madrid





## LA CARTILLA DEL LORO

## I

Esto de que Dios ha dado á unas criaturas más entendimiento que á otras es una gran verdad que confirmaba á maravilla Nicolás; pero también es cierto que allá se van los desaplicados quejándose tardíamente de la Providencia, achacando á ésta lo que sólo fué culpa de ellos, que perdieron lastimosamente el tiempo, porque sabido es que á cada cosa lo suyo, y en época oportuna se siembra lo que en unos tiempos se cultiva y al fin en otros se cosecha. Tales eran las filosofías de D. Santiago, el viejo maestro de escuela, que á todo y sobre todo hacía sus sentencias y reflexiones.

—Pero ese empecatado de Nicolás, ¿dónde habrá ido, que ni estuvo en la escuela hoy, ni nadie sabe su paradero?—decía la *señá* Pepa, madre de Nicolás, asomada á la puerta de la casa y con la mano sobre los ojos para libertarlos del sol, mirando al campo por ver si descubría al pícaro del muchacho. Y añadía requemada de impaciencia:—Pero ¿dónde habrá ido ese empecatado á estas horas?

—¡Moras, moras, moras!—gritó con voz chillona el loro del vecino, un rico indiano que vivía en el piso principal de la casa donde se hallaba la escuela de la aldea.

—Tienes razón: á por moras, á ponerse la cara y las manos hechas una basura,—replicaba la buena mujer.—¡Vamos! ¡Y luego dirán que ese pájaro no es una viva brujería!—Y al decir esto la *señá* Pepa se santiguaba llena de terror supersticioso y miraba con espanto al verdiamarillo pájaro de corvo pico, patas agarrafiñadas y pintas rojas, el cual se agitaba impacientemente en la jaula de hoja de lata que le servía de prisión.

—Pero, arrastrado holgazanote, ¿de dónde vienes ahora con esos calzones desgarrados por las zarzas? ¡Qué sucio! ¡Qué camisa, Cielo santo! ¡Y qué cara y qué manos! ¿Te has atracado de moras?—decía la *señá* Pepa á su hijo, no bien se presentaba éste en la forma referida.

—¡Si no he ido por moras, madre!—replicaba el zangalote con vozarrón hombruno y acento de terquedad incorregible.

—¡Pues no dice el condenado que no ha ido por moras! ¿Qué es eso que traes en la cara? ¿Y el sombrero? ¿Qué has hecho del sombrero, maldecido, y Dios me perdone? ¡Buenos traes los zapatos, llenos de lodo!... ¡Cuánto más te valiera haber ido á la escuela, y no que todos los chicos te van adelantando y pronto van á saber leer, contar, escribir y todo, en tanto no habrás pasado de la *i* á la *o*! ¡No sé como no te cae la cara de vergüenza!

—Madre, si no tengo cabeza,—refunfuñaba Nicolás.

—¡Anda con Dios! ¡Pues yo bien te la veo!

—Quiero decir que no tengo sentido.

—Y menos tendrás, gran tonto, si no vas á la escuela á que se te despierte, y á aprender para afinar el entendimiento.

Pues nada, lo dicho: se encerraba Nicolás en: «¡No tengo cabeza, no tengo cabeza!», y no había quien le sacase de esto por mucho que en convencerle pusiera ánimo y voluntad para ello.

No había otro que tuviese más fuerzas, y aun no contaba diez años cuando, echándose á la espalda un saco de trigo, lo llevaba al molino como si fuera un costal de plumas... pero en cambio no se le podían confiar ni los veinticin-



co céntimos que hacen un real, porque no acertaba á dar cuenta de ello; y su madre siempre andaba repitiéndole lo de que los demás chicos iban ganándole la delantera, y que cuanto menos cuidase de aprender más difícil habría de serle después conseguirlo.—Mira,—le repetía la madre,—que de los ignorantes se burlan las gentes: ¡pocas hay que tengan caridad de los defectos del prójimo!

¡Que si quieres! Nicolasón creía que con ser fuerte y poder largar unos cuantos cachetes á los que se burlasen quedaba todo arreglado.

Así se fué pasando el tiempo, y Nicolasón crecía y crecía hasta llegar á



Los perrillos y la leche

ser casi un mozo hecho y derecho, como suele decirse. Entonces, á fuerza de súplicas de su madre, llegó á rendirse; y, aunque no con muy buena voluntad, fué á la escuela, y el bueno del maestro, confiando muy poco en Nicolasón, tuvo á bien poner de su parte cuanto le fuera posible por enseñar al muchacho; mas todo fueron inconvenientes, porque, avergonzado de su pasada holgazanería, no quiso aprender cuando los niños se hallaban en la clase, porque, según decía él, y en parte con razón, aunque nada le hubiera costado sufrir un poco ya que se lo tenía merecido, «si los chiquitos oyen deletrear á un grandullón como yo, van á reírse de mí: no mentía madre cuando me lo aseguraba constantemente.»

—¡Ea, vamos, hombre; ya se han ido los chicos; ven al cartel!—decía el maestro con acento de misericordiosa bondad.

—Ba, be, bi, bo, bu...—iba leyendo el maestro, y lo repetía el discípulo; pero como no tenía ejercitada la atención, en cuanto el maestro señalaba con





La asamblea de las aves

el puntero al cartel sin cantar las sílabas, el pobre Nicolásón decía *be* donde debiera leer *bo*, y armaba una confusión de mil diablos. «Sí, sí, cánsate, cánsate,» podría uno haber dicho al maestro, desconfiando del resultado de la lección.

Pero una tarde ocurrió una aventura singular, y fué que, al decir el maestro la primera sílaba para que siguiese Nicolásón leyendolas siguientes, exclamó:  
—*Ba..*

Y una voz chillona dijo acompasadamente: *be, bi, bo, bu.*

Y fué el caso que aquella voz se adelantó al señalamiento del puntero, y, como el maestro estaba de espaldas al mozo, se volvió para decirle muy satisfecho:

—¡Bien, hombre, muy bien!— pensando que había sido el lector Nicolásón.

—Si no he sido yo,—exclamó Nicolásón.

—¡Cómo! ¿Que no has sido tú?

—No, señor: ha sido el pajarraco del indiano, que está ahí, colgando de la ventana del lado.

No pudo el maestro dominar su risa; de lo cual corrido Nicolásón, salió con el propósito de no volver por la escuela y jurándoselas al tunante del loro.

Corrió la aventura de boca en boca; y muchos, que no comprendían que nada tenía de particular que el loro repitiese aquello que estaba acostumbrado á oír todos los días desde hacía muchos años, dieron en pensar que el pajarraco había aprendido á leer mejor que Nicolásón.

No tuvo éste ánimo para vencer aquella dificultad y se hizo pastor; para lo cual, según él pensaba, no le sería necesario saber jota.

Pasaron años, y el labriego hubo de arrepentirse mil y mil veces de su falta de aplicación, pues como comprenderéis, cuando tornó del servicio militar, se casó y tuvo hijos: éstos, que no salieron tan desaplicados, tenían que leer á su padre las cartas y escribírselas.

Luego fué el caso que á todo le salían las gentes dándole lecciones, y siempre con tanto atrevimiento como convencidos de que Nicolásón de todo ignoraba; y á tal extremo llegó el caso, que por él dió en la manía de pensar que chicos y grandes, doctos é ignorantes, todos, en fin, hacían lo propio que había hecho el loro:

¡Leerle á Nicolásón la cartilla!

JOSÉ ZAHONERO



## LOS AMIGOS DE JUANITO

JUANITO era un niño tan bueno como hermoso, y tan hermoso como discreto.

Sus maestros le querían mucho. Era pundonoroso, aplicado é inteligente. Sus padres le adoraban, y sus amigos le citaban siempre como modelo de compañero y estudiante.

Era rubio como el oro, con el cabello ensortijado. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos oscuros y vivos como dos estrellas.

Además de los juguetes con que sus padres premiaban su aplicación, tenía Juanito tres amigos que le divertían mucho más que los juguetes: un perro, un gato y una paloma.

El perro, que acudía al nombre de *Leal*, era ya viejo y gruñón, y en realidad el que menos entretenía á Juanito con sus juegos. Sólo le gustaba tomar el sol, dormitar cerca de la estufa y comer las golosinas que su amo le traía siempre en los bolsillos.

Rara vez se permitía retozar un poco con su amigo el gato, y pronto se cansaba; yendo á echarse, á poco, jadeante y regañón, en su rincón favorito.

El gato, que tenía por nombre *Micifuz*, era el animal más zalamero del mundo. Jamás se incomodaba con su pequeño amo,



La asamblea de las aves



ni se cansaba; lo mismo trepaba sobre los muebles que se columpiaba en las cortinas ó hacía gimnasia sobre el lomo del viejo *Leal*.

Juanito se sentía completamente dichoso cuando en la hora de la comida veía juntos á sus favoritos: el gato, el perro y la paloma.

Todos comían reunidos, y jamás disgusto alguno de rivalidad turbó la paz de los tres compañeros.

La paloma, de pluma blanca como el armiño y de ojos vivos como ardilla, se llamaba *Azucena*.

Conocía tanto á su amo, que á su voz echaba á volar y se posaba en sus hombros. Comía en la mano de Juanito y hacía mil habilidades con sólo una indicación de su dueño.

\*  
\*  
\*



El niño travieso

\*  
\*  
\*

Si se hubiese preguntado á Juanito cuál de los tres animales prefería, se habría quedado perplejo. Claro está que, según lo dicho, quien más le divertía era *Micifuz*; pero es lo cierto que, en una ocasión en que *Leal* estuvo enfermo, se puso Juanito inconsolable.

Con el gato se pasaba ratos deliciosos. Hacía le monteras de papel, corraje completo de militar, y, cual si fuese perro amaestrado, le obligaba á ejecutar el ejercicio y á mantenerse derecho en dos patas contra la pared.

Otras veces fingía que estaba enfermo, le ponía una gorra de su hermanita pequeña y le acostaba en la cuna, dándose alguna vez el caso de quedar el animal dormido con el balanceo de la cuna y las canciones de su amo.

Cierto día en que Juanito jugaba de este modo con su gato, mientras *Leal* dormitaba al sol y *Azucena* se espulgaba sobre el perro, sucedió que *Micifuz*, fuese que estuviese asustado, ó que no tuviese aquel día humor de juego, se resistió á hacer lo que su amo le mandaba.

La resistencia del animal, que quería escaparse, no intimidó á Juanito, que, cerrando la puerta del cuarto donde se hallaban, volvió á insistir en su empeño.

Mas el gato, viéndose acosado y cortada la retirada, se refugió en un rincón, bufando y sacando las uñas. Á otro más prudente y menos confiado que Juanito habría asustado la actitud hostil del animal; pero el niño, ignorante



del peligro que corría, se acercó amenazándole para que siguiera el juego interrumpido.

Grandes maullidos y gruñidos de *Micifuz* fueron la contestación á sus pretensiones. Los ojos del animal relucían con azufrados reflejos, mientras el lomo erizado le hacía aparecer de mayor tamaño.

Al fin llegó un momento en que el niño comenzó á temer y quiso tomar la retirada.

Desgraciadamente era ya tarde. La puerta, cerrada de golpe por él, se había encajado de manera que no podía abrirla un niño de corta edad y turbado por el miedo.

Juanito se creyó perdido y abrió la ventana pidiendo socorro, pues el gato no se limitaba ya á defenderse, sino que perseguía á su pequeño amo, maullando y disponiéndose á atacarle.

El pobre niño, llorando, presa de verdadero temor y próximo á desfallecer, se refugió en un rincón, creyendo que no había salvación para él, pues el gato se le acercaba con las uñas sacadas y los redondos ojos centelleantes...

Todo sucedió más pronto que se cuenta; pero cuando Juanito, horrorizado, cerraba los ojos, cayendo sin sentido, y la paloma, asustada, escapaba volando por la ventana, *Leal*, el noble perro, que había estado mirando impasible la escena, se levantó de repente, sacudiendo su natural pereza, y, viendo á su amo en peligro, corrió presuroso á salvarle.

La lucha fué corta, pero sangrienta. El perro aventajaba al enrabiado gato en tranquilidad y fuerza, y, dándole una dentellada en el lomo, lo sacudió varias veces y lo soltó en tierra moribundo.

A los gritos, acudieron, al fin, los padres del niño, que lo recogieron del suelo, traspuesto; y comprendiendo que al perro debían el que su hijo saliera ileso, le colmaron de caricias.

*Leal*, sereno y tranquilo como si nada hubiese hecho, olfateó al niño, y, convencido de que nada le ocurría, fué á echarse gruñendo en un rincón, donde se durmió lamiéndose algunos arañazos que sacara de la refriega.

\*\*\*

Como se ve, de los tres amigos de Juanito, el que le fué más fiel fué precisamente el menos querido y más desagradable. La paloma, indiferente, huyó cuando se creyó en peligro, y el zalamero *Micifuz* hizo traición á su amo.

No debemos fiarnos de los amigos que adulan; y en cambio hay que confiar en los que, aun regañando y gruñendo como *Leal*, son sinceros.

H. GINER DE LOS RÍOS





# UN RÉCIPE

Á GUISA DE FÁBULA

En la calle de los Prados,  
gran vía de mi lugar,  
vivían dos jorobados:  
Juan Ciruela y Luis Melgar.

Luis nació muy contrahecho,  
y (según dicen) Ciruela  
vino al mundo muy derecho,  
más derecho que una vela.

Pero siendo jovencillo  
se fué al huerto del tío Peces,  
pensando en darse, el muy pillo,  
un buen atracón de nueces.

Subió al árbol, y en seguida  
¡zas! se cayó del nogal,  
y se le quedó torcida  
la columna vertebral.

Así, cada jorobado,  
por causa bien diferente,  
tener había *logrado*  
una chepa muy decente.

Su defectillo común  
unió á los dos desde niños,  
y su cariño fué un  
arquetipo de cariños,

hasta que se resintieron  
por motivos aun ocultos,  
y un día se dirigieron  
estos tremendos insultos:

—Pues has hecho una imprudencia.

—Ciruela, tú andas buscando  
que se acabe mi paciencia...

—¡Dende que se está acabando!...

De tus roncas yo me río...

—Si me llegas á irritar,  
te enderezo de un *zurrito*...

—¡Hombre, qué has de enderezar!...—

Melgar no pudo sufrir  
tanto desdén de aquel zote,  
y, sin más controvertir,  
enarbolando el garrote,  
le suelta en el espinazo,  
con irritación notoria,  
el más tremendo estacazo  
que ha registrado la historia.

Con tal arte y tal escuela  
el amigo le atizó,  
que el jorobado Ciruela  
sin joroba se quedó (1).

Estuvo un mes en el lecho  
peleando con la muerte;  
pero, al verle tan derecho,  
Luis le envidia la suerte,



La pesca

y hace muy poco que iba  
por esos mundos de Dios  
buscando á quien en la giba  
le atice un buen palo ó dos;  
pues sabe, por estos hechos,  
que da muy buen resultado,  
á los que no andan derechos,  
un estacazo bien dadó.

Es cierto; y si la receta  
(una de las más sencillas)  
alguien la encuentra indiscreta,  
que se ensaye en las Antillas.

R. BLANCO Y SÁNCHEZ

(1) Histórico.





Coqueteria

Ayuntamiento de Madrid



## AUREOLAS

ALEJANDRO



UNQUE Alejandro no pertenece á nuestra era, ya que su dominación se remonta á mucho antes de Jesucristo, por la celebridad conquistada por el famoso conquistador no creo holgado dárselo á conocer.

Fué hijo de Filipo, rey de Macedonia, monarca tan hábil como afortunado, cuya principal ambición era aumentar en territorio y dominar cuantos pueblos pudiesen invadir sus soldados. Deseando que su hijo fuese el continuador de sus glorias y conquistas, confió su educación á Aristóteles, uno de los hombres más sabios que han admirado las edades.

Pero Aristóteles era poco afecto á las aventuras guerreras, y, comprendiendo que su real discípulo había heredado el genio de su padre, procuró suavizar sus ambiciones, inclinándole á la lectura de obras poéticas é inculcándole de continuo provechosas nociones de humanidad y justicia.

Dotado de una inteligencia prodigiosa, Alejandro se consagró al estudio con infatigable entusiasmo, desdeñando los juegos y demás expansiones propias de su edad. A fin de poder permanecer en vela todo el tiempo posible y entregarse de esta suerte al estudio de sus obras predilectas, Alejandro tomaba en su mano una bola de plata que suspendía encima de un vaso del mismo precioso metal. Cuando, rendido de fatiga, se adormecía, abríase su mano, y el ruido que producía la bola al caer dentro del sonoro vaso le llamaba de nuevo á su voluntario trabajo.

Abrigaba el maestro grandes esperanzas sobre las aficiones que en su día podría revelar su discípulo. Sin embargo, al recibirse en una ocasión la noticia de nuevas conquistas alcanzadas por Filipo, que hizo exclamar á Alejandro lleno de indignación: «Si mi padre lo toma todo, ¿á mí qué me quedará para conquistar?», le hizo comprender que el joven que con tanto cariño educaba era, sobre todo, un futuro conquistador.

Y, efectivamente, no otra cosa fué el hijo de Felipe. Elevado al trono á los veinte años por muerte de su padre, su primer acto fué conquistar otro reino, extender más su ya dilatado dominio. Hoy, para que una nación se resuelva á declarar la guerra á otra, es preciso que exista un motivo justificado ó un pretexto que tenga la apariencia de tal. En tiempos de Alejandro se prescindía de toda formalidad; se hacía la guerra por el solo gusto de devastar; el más inhumano, el más cruel y ambicioso, el que incendiaba campos y arrasaba villas y ciudades, á ese se le proclamaba héroe, ese era el gran dominador.

Alejandro fué invencible en el campo de batalla. Las reseñas de sus conquistas parecen cuentos maravillosos, fantásticas narraciones inventadas para suspender la atención; mas, para conseguirlas, ¡cuántas devastaciones, cuánto duelo y ruina no causó! La historia le ha otorgado la inmortalidad, pero ha escrito su nombre con letras rojas... Y sin embargo, con serlo, no fué Alejandro un conquistador muy cruel. Algunas veces se mostró clemente y generoso, y en medio de su bárbaro despotismo tuvo actos de relativa bondad. Cuando la destrucción de Tebas, ordenó que se respetara la casa donde vivían los descendientes del poeta Píndaro, perdonó en una ocasión á unos oficiales que conspiraban contra su vida, y obró con estricta justicia cuando fué árbitro de alguna cuestión: rasgos nobilísimos y frutos legítimos de las saludables enseñanzas que le inculcó su sabio maestro, ya que, sin los preceptos y hermosas máximas que infatigable éste le repartió, la justicia y la clemencia nunca hubieran hallado eco en el corazón de Alejandro.

TRINIDAD DE LA ROSA



## ✻ NUESTROS GRABADOS ✻

### LAS BALDOSAS HISTÓRICAS

El padre de la niña Gertrudis, hombre rico, era muy aficionado á las pinturas, á las estatuas y á los vasos de bonitas formas. Cuando mandó edificar su casa, quiso hacer algunas habitaciones al estilo antiguo, y una de ellas tenía una gran chimenea en cuyo fondo se hubieran podido colocar muy bien cinco ó seis niños. Era verdaderamente magnífica, y para mayor adorno habíanse puesto en su parte superior y en los lados finas baldosas cuadradas que representaban diversos asuntos, la mayor parte sagrados. En algunas casas muy antiguas de Europa aun se podrían ver varias, pero hoy día considéranse como una curiosidad. En las pinturas de aquellas baldosas figurábanse escenas bíblicas, lo cual no dejaba de ser útil y provechoso. Un hombre muy instruido, que llegó á escribir diversas obras sobre la Historia Sagrada, aprendió en esas toscas representaciones mucho de la Biblia, cuando era niño, antes de que le enseñaran á leer. Tal vez fuese ésta la primera causa que le indujo á abrazar la carrera eclesiástica.

Las pinturas de la habitación de Gertrudis no representaban sólo asuntos bíblicos, sino también históricos. Su madre se los explicó, y de este modo las baldosas llegaron á ser un libro para la niña, libro que conocía de memoria. Cuando su tía Mariana iba á verla, bastábale señalar una de las baldosas para que la niña explicase en seguida el asunto que representaba. Gracias á esto, Gertrudis aprendió mucho sin gran trabajo.

Probablemente no haya en vuestra casa baldosas de esa especie: en tal caso mirad los grabados de vuestros libros y haced la explicación.

### LOS PERRILLOS Y LA LECHE

Diana y Turco son dos perrillos muy hermosos, de sedosas lanas y largas orejas; pero Diana no sabe comer y todo lo ensucia, como lo haría un niño mal enseñado. Cuando le ponen delante un plato con leche, introduce dentro la pata para beber, revuelve el líquido y todo lo ensucia á su alrededor. Turco manifiesta descontento al observar la conducta de su compañera, gruñe y ladra como para reprenderla, y retirase á un lado; pero no se inquieta por eso, y hasta que reciba el castigo persistirá en sus malas mañas.

### LA ASAMBLEA DE LAS AVES

Acosadas por los vientos y la intemperie, todas las aves, grandes y chicas, habían ido á reunirse en el lugar mejor preservado contra las intemperies, donde, presididas por el mochuero, que no hacía más que observar sin moverse de su sitio, trataron de varios puntos relativos á su seguridad individual.



La moneda de diez céntimos



Los colorines, los jilgueros y los ruiseñores hicieron algunas observaciones, acabando por decir que lo más conveniente sería diseminarse desde luego. Del mismo parecer fueron otras muchas aves, entre ellas los pavos y los tordos; pero los gorrones alegaron que era demasiado pronto para aventurarse por el mundo; y entonces el mochuelo, como presidente, recogió los votos y dijo que los que estaban por la dispersión formaban la mayoría, por lo cual podrían marchar desde luego.—Idos enhorabuena,—replicaron los gorrones;—nosotros tenemos nuestras casas, y las preferimos á las regiones azules que tanto os encantan, porque allí tenemos segura nuestra subsistencia.

### EL NIÑO TRAVIESO

¡Aquí estoy y papá no lo sabe: bien gritaría si lo supiese. ¿Por qué me pegó en las



El trineo de Juanito

manos? Fué por haber echado la leche en sus botas. Era una broma que me hizo reír. Yo tengo ya dos años y estoy demasiado crecido para que me peguen.

¡Hola! ¿Qué es eso que brilla allí? Es preciso ir á verlo. ¡Calla, es un niño gordo! ¡Qué enojado parece! Voy á pegarle. ¡Ah! Parece que tiene gana de reñir: ya le daré una lección.

¡Ahora viene hacia aquí mi papá! ¿Cómo habrá entrado? Parece que quiere estirar las orejas á ese niño, y yo voy á reírme mucho, pues la criatura no le ve. ¡Ay, ay! Mi oreja es la que estiran, y yo quisiera hacer lo mismo con la nariz de ese niño.

### LA PESCA

Lanza el sedal, provisto de su anzuelo, en el remanso del torrente, cerca de la orilla en donde los pececillos acuden de costumbre. Buena será tu pesca, hijo mío; pero ten cuidado que el día de mañana no te pesquen á ti como tú lo hacías con los incautos peces.



## COQUETERÍA

La señorita Asunción se compra un sombrero, el más grande y hermoso que puede encontrar, sombrero digno de una reina. Llega á su casa alborozada, colócase ante un espejo para ponerse aquél, adórnalo con rosas encarnadas, y con la ancha cinta forma un gracioso lazo bajo la barba. Ostentando su magnífico sombrero, la señorita se va á pasear al Parque; pero de pronto una fuerte ráfaga de viento lo arrebata de su cabeza, arrastrándolo tan lejos que no se vuelve á ver más; y la coquetona niña vuelve á su casa con la cabeza descubierta, llorando su pérdida.

## LA MONEDA DE DIEZ CÉNTIMOS

El niño Guillermo tenía una moneda de diez céntimos el día de su cumpleaños. Era la primera vez que se veía tan rico, y pensó que debería llevar la moneda á su tío Francisco



El trineo de Juanito

para que se la guardase. El buen hombre dijo que no había sido banquero nunca para un niño de cinco años, y que no quería serlo más. En la misma mañana el niño deseó comprar un poco de azúcar piedra, para lo cual pidió un céntimo á su tío; después se le antojaron unos confites y solicitó tres céntimos más.

Al día siguiente parecióle que no había razón para que no le dieran diez céntimos para comprar un trompo y cinco para un látigo. Recibiólos de su tío, y resultó de aquí que de los diez había pedido ya diez y nueve.

Una hora después Guillermo solicitó siete más; y aun seguiría pidiendo á cuenta de los diez si su tío no se hubiera marchado.

## EL TRINEO DE JUANITO

Juanito tenía una especie de trineo con el cual proyectaba una larga excursión. Cierta noche, apenas dormido, creyó haber llegado al cielo con su trineo. Circulando entre las



estrellas, fijó su atención en una, y vió una especie de larga colina que se extendía á lo lejos.

—Ahora veré,—se dijo,—la cola de ese cometa, que debe tener lo menos un millón de millas de largo por mil de anchura: después me deslizaré poco á poco en mi trineo hasta que me canse.

El chico soñó que su vehículo avanzaba rápidamente por la cola del cometa. Al pasar junto á la luna, un habitante de ésta le saludó con gritos de alegría, y todas las estrellas inclinábanse, al parecer, ante el joven viajero. El trineo se deslizaba, entretanto, con una rapidez vertiginosa, y, espantado el chico, gritó:

—¡Ah! ¡Quisiera detenerme y no puedo! ¡Eso que veo allá debe ser la cabeza! ¡Qué boca! ¡Seguramente me tragará ese monstruo!

Y cuando Juanito pensaba desaparecer en el fondo del cometa, despertóse de repente, abrió los ojos y tranquilizóse al verse acostado en su mullido lecho en vez de hallarse corriendo entre las estrellas.

### EL RATÓN Y LOS MOCHUELOS

Cierto ratón dijo á un mochuelo:—Ven á cenar conmigo esta noche: te daré buen queso, un poco de pernil y manteca fresca.—Acepto, y muchas gracias,—contestó el ave.—Iré con mi hijo, pero á éste no se le ha de poner plato, pues se contentará con las migas.

—Amigo mío,—dijo el ratón, comenzando á cenar alegremente;—como que rara vez nos vemos, despáchate á tu gusto y come de todo cuanto veas.

Así lo hizo el mochuelo; y tal era el apetito de ambos, que lo devoraron todo, sin dejar una sola miga para el hijo del mochuelo.

—¡Muy bien!—dijo éste, cuando hubo concluido la cena.—Veo que no me habéis dejado ni una miga; pero el caso es que yo estoy muerto de hambre y no tengo por costumbre ayunar.

—Lo siento mucho,—replicó el ratón;—pero ya ves que no queda nada.

—¡Oh!—exclamó el joven mochuelo.—Ya encontraré yo algo.

Y, precipitándose sobre el ratón, lo devoró.

Para no sufrir la suerte del ratón es necesario saber elegir los convidados.

### DOS INOCENTES

¿Conocéis á Perico y Anita? Ambos son hermosos como dos angelitos: el primero tiene los ojos azules y vivaces, y los labios como una cereza: la segunda por su cabello negro y sus mejillas sonrosadas. El uno come mucho: la otra poco. Perico alborota toda la casa, corriendo de un lado á otro con su caballo de cartón y tocando sus silbatos: Anita se recrea tranquilamente con sus muñecas, que constituyen todas sus delicias.

## LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

»Espero, sin embargo, poder menear pronto mi brazo y hallarme en disposición de tomar parte en los trabajos de nuestro pedacito de tierra y ayudar á vuestro hermano Jorge. ¡Pobre muchacho! Ha trabajado ya tanto, y tanto trabaja todos los días, que temo no vaya más allá de lo que permiten sus fuerzas. En este momento está en la huerta, frente á mi ventana, ocupado en arrancar la mala yerba, y esto le fatiga mucho. Tiene hecho ya un enorme montón, pero de todo corazón deseo no trabaje por largo tiempo así.

»Deseo, mi querido Jaime, que no estés demasiado metido en tu tienda; ni tú, mi querido Francisco, en tu despacho: hé ahí lo que me hace estar con ansia por vosotros. Decid á mis buenas hijas que las quiero y las bendigo. Si Fanny no fuese tan discreta como linda, temería algo por ella sabiendo que la señora



Hungerford recibe tan distinguida sociedad. En tal caso es un cargo peligroso el de aya; pero mi Fanny, estoy seguro de ello, tendrá siempre presentes en su espíritu los preceptos y ejemplos de su madre. Háseme dicho que la señora Crumpe, el ama de Paulina, tiene un carácter áspero, lo cual debe atribuirse á su avanzada edad y á sus achaques; pero mi Paulina tiene un genio tan dulce y tan amable que desafío á sea quien fuere que la conozca sin quererla. Y... héteme ahí fatigado ya de escribir. Me veo obligado á coger la pluma con la mano izquierda, pues mi brazo derecho no se encuentra libre aún de su reumatismo y Jaime no está ahí para escribir bajo mi dictado. Bendígaos Dios y os conserve en su santa guarda, hijos míos. Con este consuelo no tengo para qué quejarme en este mundo. Escribidle pronto á vuestro amante padre

«B. FRANKLAND.»

—¡Ved, ved que hermosas luciérnagas!—exclamaron los niños, que rodearon á Fanny así que hubo terminado la lectura de la carta. Había, efectivamente, en la pradera, gran número de aquellos insectos, y reunidos por grupos sobre la tierra centelleaban como estrellas.

Mientras los niños contemplaban con admiración tan delicioso espectáculo, distrájoles de su atención el son de las fanfarrias de una trompa de caza. Miraron á su alrededor y notaron que el rumor procedía del balcón de una casa que se hallaba á poca distancia del lugar en que se encontraban.

—Dejadnos acercar al balcón, —dijeron,—y podremos oír mejor la música.

Un violín y un clarinete vinieron en aquel momento á añadir sus ecos á los de la trompa.

—¡Acerquémonos! —repitieron los niños empleando todas sus ferzas en arrastrar á Fanny hacia el pie del balcón.



El ratón y los mochuelos

(Se continuará)

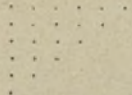


Soluciones á las charadas del número anterior:

JULIANA.—TRASTIENDAS.—MAUREGATO.—CAMPANARIO.—SEVILLA.—HIPOPÓTAMO.

## PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

### TRIÁNGULO



Sustituir los puntos con letras para que digan las primeras líneas horizontal y vertical: 1.º, una pieza de vajilla, en plural; 2.º, cualidad, en plural, de esta; 3.º, piezas que adornan un jarrón; 4.º, síntoma; 5.º, pronombre de la segunda persona en plural; 6.º, consonante.

ELISA CONRAD

### GEROGLÍFICO

I  
A  
:  
=  
12 12 12 12  
12 12 12 12  
12 12 12 12

EMILIO GIRALT

### CRIPTOGRAFÍA

A c d e e e e g i l m n r s t u v

Formar con estas letras el nombre de un escritor español.

LUIS RUIZ MAGÁN

### ROMPECABEZAS

M . . . . .  
A . . . . .  
R . . . . .  
C . . . . .  
E . . . . .  
L . . . . .  
I . . . . .  
N . . . . .  
O . . . . .

Sustitúyanse los puntos con letras, de modo que horizontalmente resulte en cada línea un nombre de varón.

MANUEL LUIS VICIOSO



Dos inocentes

## CHARADAS

La *prima* y *segunda* es parte de todo cuerpo animado; *segunda* y *tercia* la fuente hace cuando da agua al prado; la *cuarta* con la *segunda* hace la lumbré en tu mano; y el *todo* es aquel que rige á todo el orbe cristiano.

PURIFICACIÓN SAGASTA

Á MI QUERIDO AMIGO MIGUEL LÓPEZ

Sin *tercia primera* cualquiera dira que *segunda* es nota, nota musical. En *segunda* y *cuarta* no hallarás verdad, que es cosa de fábula de tiempos atrás. Amiguito *todo*: ¿lo acertaste ya?

MANUEL LUIS VICIOSO

¡Por vida de *dos tercera*! ¡Qué *todo* tan infernal! Esto es *dos primera prima*, es insufrible, fatal. Voy *dos primera* á quitarme, y armo la gorda; no hay más. Venga una *tercia primera*, un *prima tres*, un puñal... Pero ¡qué veo! ¡Un *tres tres*! Con él me he de consolar.

Las soluciones en el número próximo

**ADVERTENCIA.**—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

**ADMINISTRACIÓN:** Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.